

EL TUROLENSE.

PERIÓDICO DE INTERESES MATERIALES.

DIRECTOR.—D. JOSÉ MARÍA UGUET.

La no devolución del periódico por los que lo reciben, indica que continúa su abono.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Teruel 1 mes.	4 rs
Fuera 3 meses adelantados.	15
6 meses	30
12 id. id.	56

Se suscribe en Teruel.—Plaza del Mercado, Comercio de D. Domingo Mediano y en casa del Director, Fonda de Fortea.

ANUNCIOS.

Para los suscritores, á 25 cénts. de real por línea. Para los que no lo sean, á medio real línea. Remitidos de interés particular 1 real línea. Defunciones y aniversarios, 10 rs.

EL MISERERE.

Hace algunos meses que visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de sus rincones dos ó tres cuadernos de música bastante antiguos, cubiertos de polvo y hasta comenzados á roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé la música; pero le tengo tanta afición, que aun sin entenderla, suelo coger á veces la partitura de una ópera y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más ó menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto sin comprender una jota ni sacar maldito el provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fué, que aunque en la última página había esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado, porque la música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fué sin duda lo que me llamó la atención primeramente; pero luego que me fijé un poco en las hojas de música, me chocó más aún observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todos, como *maestoso*, *allegro*, *ritardando*, *piú vivo*, *à piacere*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas han de parecer que salen los alaridos; ó esta otra: La cuerda aulla sin discordar, el metal atruena sin ensordecir; por eso suena todo y no se confunde nada, y todo es la humanidad que solloza y gime: ó la más original de todas, sin duda, que recomendaba al pié del último versículo: Las notas son huesos cubiertos de carne, lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... ¡fuerza!... fuerza y dulzura.*

—¿Sabeis qué es esto?—pregunté á un viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglo-

nes, que parecían frases escritas por un loco.

El anciano me contó entonces la leyenda que voy á referiros.

I.

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó á la puerta claustral de esta abadía un romero, y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre, y un albergue cualquiera donde esperar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar puso el hermano á quien se hizo esta demanda, á disposición del caminante, al cual, despues que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objeto de su romería y del punto á que se encaminaba.

—Yo soy músico, respondió el interpelado; he nacido muy lejos de aquí, y en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte, un arma poderosa de seducción, y encendí con él pasiones que me arrastraron á un crimen. En mi vejez, quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Como las enigmáticas palabras del desconocido no pareciesen del todo claras al hermano lego, en quien ya comenzaba la curiosidad á despertarse, é instigado por ésta continuara en sus preguntas, su interlocutor prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido; mas al intentar pedirle á Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar dignamente mi arrepentimiento, cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad sobre un libro santo. Abri aquel libro, y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza *Miserere mei, Deus!* Desde el instante en que he leído sus estrofas, mi único pensamiento fué hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase á contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aún no la he encontrado; pero si logro expresar lo que siento en mi corazón,

lo que oigo confusamente en mi cabeza, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal y tan maravilloso, que no hayan oído otro semejante los nacidos: tal y tan desgarrador, que al escuchar el primer acorde los arcángeles, dirán conmigo cubiertos los ojos de lágrimas, y dirigiéndose al Señor: *Misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar á este punto de su narración, calló por un instante; y despues, exhalando un suspiro, tornó á coger el hilo de su discurso. El hermano lego, algunos dependientes de la abadía y dos ó tres pastores de la granja de los frailes, que formaban círculo alrededor del hogar, le escuchaban en un profundo silencio.

—Despues, continuó, de correr toda Alemania, toda Italia y la mayor parte de este país clásico para la música religiosa, aún no he oído un *Miserere* en que pueda inspirarme; ni uno, ni uno, y he oído tantos, que puedo decir que los he oído todos.

—¿Todos? dijo entonces, interrumpiéndole, uno de los rabadanes. ¿A que no habeis oído aún el *Miserere* de la montaña?

—¡El *Miserere* de la montaña! exclamó el músico con aire de extrañeza. ¿Qué *Miserere* es ese?

—¿No dije? murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonación misteriosa; ese *Miserere* que sólo oyen por casualidad los que como yo, andan día y noche tras el ganado por entre breñas y peñascales, es toda una historia una historia muy antigua, pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso, que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el horizonte del valle, en el fondo del cual se halla la abadía, hubo hace ya muchos años, ¡qué digo muchos años! muchos siglos, un monasterio famoso, cuyo monasterio, á lo que parece, edificó á sus expensas un señor con los bienes que había de legar á su hijo, al cual desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fué bueno; pero es el caso, que este hijo, por lo que se verá más adelante, debió ser la piel del diablo, si no era el diablo en persona.

Sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió unos cuantos bandoleros, camaradas suyos en la vida de perdición que emprendiera al abandonar la casa de sus padres, y una noche de Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que iban á comenzar ó habían comenzado el *Miserere*, pusieron fuego al monasterio, saquearon la iglesia, y á este quiero, á aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad se marcharon los bandidos y su instigador con ellos, á donde no sesabe; á los profundos tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio á escombros; de la iglesia aún quedan en pie las ruinas sobre cóncavo peñon, de donde nace la cascada, que después de estrellarse de peñon en peñon formó el riachuelo que viene á bañar los muros de esta abadía.

—Pero, interrumpió impaciente el músico, ¿y el *Miserere*?

—Aguardaos, continuó con gran sorna el rabadan, que todo irá por partes. Dicho lo cual, siguió, así su historia:

Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen; de padres á hijos y de hijos á nietos se refirió con horror en las largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria, es que todos los años, tal noche como en la que se consumó, se ven brillar luces á través de las rotas ventanas de la iglesia; se oye como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben á intervalos en las ráfagas del aire.

Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios, limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio á impetrar su misericordia, cantando el *Miserere*.

Los circustantes se miraron unos á otros con muestras de incredulidad. Solo el romero, que parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decis que ese portentoso se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿A qué distancia se encuentra el monasterio?

—A una legua y media escasa... Pero, ¿qué haceis? ¿A dónde vais con una noche como esta? ¡Estais dejado de la mano de Dios! exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordon, abandonaba el hogar para dirigirse á la puerta.

—¿A dónde voy? A oír esa maravillosa música, á oír el grande, el verdadero *Miserere*, el *Miserere* de los que vuelven al mundo después de muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacia crugir las puertas, como si una mano poderosa pugnase para arrancarlas de sus quicios; la lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego.

—¡Está loco!

—¡Está loco! repitieron los pastores, y atizaron de nuevo la lumbre y se agruparon al rededor del hogar.

II

Después de una ó dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaron de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadan de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras é impotentes las ruinas del monasterio.

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos girones se deslizaba á veces un furtivo rayo de luz pálida dudosa, y el aire, al azotar los fuertes machones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo, nada sobrenatural, nada extraño venía á herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada ó un castillo solitario; al que había arrostrado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas de agua que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompañado como el de las péndolas de un reloj; los gritos del buho que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pié aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles que, despiertos de su letargo por la tempestad, sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, ó se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales, que formaban el pavimento de la iglesia; todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído del romero que, sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio.

Trascurrió tiempo y tiempo y nada se percibía: aquellos mil confusos ruidos seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora; ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone á usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada... dos... tres hasta once.

En el deruido templo no había cam-

pana, ni reloj, ni torre ya siquiera.

Aun no había espirado, debilitándose de eco en eco, la última campanada; todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doses de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol de los altares, los sillares de las ojivas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó á iluminarse espontáneamente, sin que se viese una antorcha, un cirio ó una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía como un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas fosfórico que brilla y humea en la oscuridad con una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galvánico que imprime á la muerte contracciones que parodian la vida; movimiento instantáneo, mas horrible aun que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron á las piedras, el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes esparcidos sin orden, se levantó intacta como si acabase de dar en ella su último golpe de cincel el artífice, y al par del ara se levantaron las derribadas capillas, los rotos chapiteles y las destrozadas é inmensas series de arcos, que cruzándose y enlazándose caprichosamente entre sí, formaron con sus columnas un laberinto de pórvido.

Una vez reedificado el templo, comenzó á oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire; pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra é irse elevando poco á poco, haciéndose cada vez mas perceptible.

El osado peregrino comenzaba á tener miedo: pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por todo lo desusado y maravilloso, y alentado por él dejó la tumba sobre que reposaba, se inclinó al borde del abismo, por entre cuyas rocas saltaba el torrente despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envuelto en los girones de sus hábitos, caladas las capuchas, bajo los pliegues de las cuales contrataban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de sus calaveras, vió los esqueletos de los monjes que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia á aquel precipicio, salir del fondo de las aguas, y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso, á las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo con voz baja y sepulcral; pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del salmo de David:

—*Miserere mei, Deus secundum magnam misericordiam tuam!*

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él fueron á arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron en-

tenando los versículos del salmo. La música sonaba al compás de sus voces; aquella música era el rumor distante del trueno que, desvanecida la tempestad, se alejaba murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota de agua que se filtraba, y el grito del buho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era la música y algo más que no puede explicarse, ni apenas concebirse; algo más que parecía como eco de un órgano que acompañaba los versículos del gigante himno de contrición del rey salmista, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia: el músico, que la presenciaba absorto y aterrado creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino á sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emoción fuertísima, sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de sus huesos.

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del *Miserere*.

In iniquitatibus conceptus sum et in peccatis concepit me mater mea.

Al resonar este versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo que parecía un grito de dolor, arrancado á la humanidad entera por la conciencia de sus maldades; un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad: concierto monstruoso, digno intérprete de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora tristísimo y profundo, ora semejante á un rayo de sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder á un relámpago de terror otro relámpago de júbilo, hasta que, merced á una transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste; las esamantas de los monjes se vistieron de sus carnes: una aureola luminosa brilló en rededor de sus frentes; se rompió la cúpula, y á través de ella, se vió el cielo como un océano de lumbré abierto á la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, los ángeles y las gerarquías, acompañaban con un himno de gloria este versículo que subía entonces al trono del Señor, como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso.

Auditu meo dabis gaudium et letitiam et exultabunt ossa humiliata.

En este punto, la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienes latieron con violencia, zumbaron sus oídos, y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más se oyó.

III.

Al día siguiente, los pacíficos mon-

jes de la abadía de Fitero, á quienes el hermano lego había dado cuenta de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

¿Oisteis al cabo el *Miserere*? le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando á hurtadillas una mirada de inteligencia á sus superiores.

—Sí, respondió el músico.

—¿Y que tal os á parecido?

—Lo voy á escribir. Dadme un asilo en vuestra casa, prosiguió dirigiéndose al abad; un asilo y pan por algunos meses, y voy á dejaros una obra inmortal de arte: un *Miserere* que borre mis culpas á los ojos de Dios, eternice mi memoria y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese á su demanda; el abad, por compasión, aun creyéndole un loco, accedió al fin á ella, y el músico, instalado ya en el monasterio, comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante. En mitad de su tarea se paraba, y parecía como escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas, saltaba en el asiento, y exclamaba:—¡Eso es; así, así, no hay duda... así!—Y proseguía escribiendo notas, con una rapidez febril, que dió en más de una ocasión que admirar á los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos, y los siguientes, y hasta la mitad del salmo; pero al llegar al último que había oído en la montaña, le fué imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores; todo inútil. Su música no se parecía á aquella música ya anotada, y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza y se volvió loco y se murió, en fin, sin poder terminar el *Miserere*, que, como una cosa extraña, guardaron los frailes á su muerte, y aun se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Cuando el viejecito concluyó de contarme esta historia, no pude menos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del *Miserere*, que aun estaba abierto sobre una de las mesas.

In peccatis concepit me mater mea.

Estas eran las palabras de la página que tenía ante mi vista, y que parecía mofarse de mí con sus notas, sus llaves y sus grabados ininteligibles para los legos en la música. Por haberlas podido leer, hubiera dado un mundo.

¿Quién sabe si no serán una locura?

Gustavo Bacquer.

CRÓNICA GENERAL.

Dícese que el distrito de esta capital se presentarán candidatos á la diputación á Cortes, los Sres. Rodríguez Rey, constitucional y Villaurrutia, moderado. Por el distrito de Valderrobres se indican á los Sres. Perdiguier, Aserreto y Gasca.

A consecuencia de haber cometido algunos pastores la indiscreción de dejar comer con exceso á las reses que guardaban brotes tiernos de alfalfa, cuya planta dá origen durante la digestión á una gran cantidad de gases, se les han muerto estos días en esta capital un considerable número de aquellas á varios ganaderos.

Durante la primera decena del mes actual hubo en esta ciudad siete nacimientos y nueve defunciones.

El domingo próximo parece que tendrá lugar otra reunión de la Sociedad Económica Turolense de Amigos del país.

En el distrito de Montalban se nos ha asegurado que lucharán tres candidatos en las próximas elecciones de diputados á Cortes, y dos en el de esta ciudad.

Con motivo de las inmediatas elecciones, hemos oído decir, que en uno de estos primeros días va á reunirse el partido democrático de esta capital.

SALUD Á TODOS devuelta sin medicina, ni purgantes, ni gastos, por la deliciosa harina de salud, de DU BARRY, de Londres, la

REVALENTA ARÁBIGA.

Treinta años de un invariable éxito, combatiendo las digestiones laboriosas (dispepsias), gastritis, gastralgias, flemas, vientos, amargor de boca, acedias, pituitas náuseas, eruptos, vómitos, estreñimientos, diarrea, disenteria, cólicos, tos, asma, ahogos, supresión, congestión, nervios, diabetes, debilidad, todos los desórdenes del pecho, de la garganta, del aliento, de la voz, de los bronquios, de la vejiga, del hígado, de los riñones, de los intestinos, de la membrana mucosa, del cerebro y de la sangre: 90.000 curaciones anuales, entre las que se cuentan las de la señora Duquesa de Castlestuart, del Duque de Pluskow, la Señora Marquesa de Bréhan, Lord Stuart de Decies, Par de Inglaterra, el Sr. Doctor Catedrático Wurzer, etc., etc.

Berlin 6 de Diciembre de 1816

Desde mucho tiempo he tenido la ocasión de obtener la saludable influencia de la *Revalenta Arábica* Du Barry sobre los enfermos, y los resultados curativos y reparadores invariablemente obtenidos han justificado de la buena opinión que tenía acerca de su gran eficacia, la cual no titubearé en confirmar en toda ocasión que se me proporcionará.

De V. A. S. S. Q. B. S. M.. *Angelstein*, médico, miembro del Consejo sanitario Real.

Cura núm. 68.471.—Sr. Pedro Castelli, Bachiller en teología y cura párroco; de agotamiento completo á la edad de ochenta y cuatro años; la *Revalenta* le ha rejuvenecido «predico, confieso, visito enfermos, hago viajes á pié bastante largos, y siento que mi memoria é inteligencia no flaquecen.»

Cuatro veces más nutritiva que la carne y no irrita economizando 50 veces su precio en medicinas. Ella es también el mejor fortificante para los niños débiles, como para las personas de todas edades, fortaleciendo los músculos y consolidando las carnes.

En cajas de hoja de lata de 1/2 libra, 12 rs. 2 libra 20 rs.; 2 libras, 34 rs.; 5 libras, 80 rs.; 11 libras, 170 rs.; y de 24 libras, 300 rs.

Depósito en Teruel comercio de D. Roque Monleon y en casa de los boticarios y ultramarinos

DU BARRY y Compañía (Limited), calle de Valverde, núm. 1. Madrid.

Cultos.

SANTO DE HOY.—San Casto, S. Doroteo y S. Sixto papa.

En la iglesia de Religiosas de Santa Clara de esta ciudad se reza el Santo Rosario y visita á Ntra. Señora del Sagrado Corazon dando principio á las 6 de la tarde. Durante la Santa Cuaresma despues de la visita, habrá pláticas doctrinales los Lunes, Miércoles, Jueves y Sábados, los Domingos, Martes y Viernes en lugar de plática se rezará el Via-Crucis concluyendo con el canto *Perdon oh Dios mío.*

DEPÓSITO

administrativo municipal.

Precios á que se expenden los géneros existentes en dicho depósito.

	Pts.	Pts.
Acete, arroba para fuera de la capital, á		15,
Arroz, id. id. de 5,87	7,	
Jabon de Albalate, id. á	15,	
Idem de Teruel, id. 14 y 1/2	á 15,	
Aguardiente usual, cántaro	á 6,50	
Vino blanco, id. id. á	6,	
Vino común, id. id. de 2	á 3,	
Petróleo, la lata, id. á	11,	
Sardinas, millar, id. de 12	á 17,	

Teruel 25 de Marzo de 1879.—*Mariano Narbon.*

Precios del Almudi.

Trigo.—Chamorra superior, á 39 á 40 rs.
 Id. Chamorro, á 37 á 38 »
 Id. Candéal á 37 á 38 »

Id. Jeja, á 33 á 34 »
 Id. Royo á 36 á 37 »
 Id. Morcacho de 26 á 28 »
 Id. Centeno, á 23 1/2, á 23 3/4
 Cebada, á 20, »
 Teruel 25 de Marzo de 1879.

SECCION DE ANUNCIOS.

LOTERÍA NACIONAL.

Sorteo extraordinario que se ha de celebrar en Madrid el día 5 de Abril de 1879.

Ha de constar de 12.000 billetes, al precio de 250 pesetas cada uno, divididos en décimos, y por consiguiente á razon de veinte y cinco pesetas la fraccion ó décimo.

Administracion calle de San Juan núm. 1. 3—1

Aviso importante.

A los Señores MÉDICOS, al CLERO, los DENTISTAS, los INGENIEROS y otras personas que deseen obtener el Diploma de DOCTOR ó de LICENCIADO de una Universidad extranjera. Dirigirse con carta certificada á MEDICUS, 13 plaza del Rey Jersey (Inglaterra), quien les dará gratuitamente las noticias necesarias sobre la *Universidad.* 6—3

Parador de Zapater.

El acreditado fondista Manuel Diaz, que ha tenido por su cuenta *La Aragonesa de la plaza de San Francisco en*

Valencia, recientemente ha tomado á su cargo el primero de los expresados, sito en la calle de los Amantes y próximo al Mercado en esta capital; en cuyo *Parador,* encontrarán los viajeros habitaciones cómodas, bien amuebladas y con mucho aseo; mesa hasta con servicio de plata y la mejor disposicion en todos los dependientes de la casa para dar gusto y complacer á los señores parroquianos; dispuesto todo esto, se dá de comer por el más módico extipendio.

AVISO AL PÚBLICO.

Desde el día 1.º del presente mes, tiene abierta Rafael Hernandez, en Torremocha, una parada; compuesta de dos garañones muy buenos y dos caballos sobresalientes. 5—4

LA ALCAÑIZANA.

Diligencia de Alcañiz y Calanda á Zaragoza.

Agradecida esta empresa al favor que el público la viene dispensando, y constante en su deseo de complacer á su numerosa clientela, ha dispuesto establecer servicio diario de coches, los cuales combinados con el ferrocarril, saldrán de Alcañiz á las ocho, y de Zaragoza á las siete y media de la mañana.

Los despachos de la citada empresa se encuentran establecidos en Zaragoza, Lampisteria de Lamyed, Coso, junto la Audiencia.

Calanda, comercio de Crespo.
 Alcañiz, id. de Escanilla.

GRAN ESTABLECIMIENTO DE ARBORICULTURA EN LOS CAMPOS ELISEOS DE LÉRIDA.

A CARGO DE

D. FRANCISCO VIDAL Y CODINA.

Premiado en varias Exposiciones, y últimamente en la Universal de Paris.

DISPONIBLES PARA LA TEMPORADA DE 1878-1879

200,000 árboles maderables, de paseo y adorno, de distintas especies y variedades, desarrollo y dimensiones; propios para jardines, paseos, alamedas y bosques.

70,000 árboles frutales, de las clases más superiores; especialidades de varias comarcas de España y del extranjero.

ABUNDANTE Y VARIADO SURTIDO DE PLANTAS DE JARDINERÍA.

Precios sumamente económicos.

Pagos á plazos, garantizándolos.

VENTAJOSAS CONDICIONES DE TRANSPORTE

POR TODAS LAS LÍNEAS FÉRREAS DE ESPAÑA, EN TARIFA ESPECIAL.

Corresponsal en esta provincia D. Juan Herrero, calle de Alcañiz, núm. 4.